

ELISA ESTÉVEZ

ATALA

CAPÍTULO DE MUESTRA  
SIN VALOR COMERCIAL

Y ELISA

# CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Diseño de cubierta: Departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustraciones de interior y de cubierta: Elisa Estévez

© Elisa Estévez, 2017

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

Primera edición: noviembre de 2017

ISBN 13: 978-958-42-6395-7

ISBN 10: 958-42-6395-1

Impreso por:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*A mi familia y a quienes me han enseñado.*

# **CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL**

# **CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL**

*“I know only one thing: when I sleep, I know no fear, no trouble, no bliss. Blessing on him who invented sleep, the common coin that purchases all things, the balance that levels shepherd and king, fool and wise man. There is only one bad thing about sound sleep; they say it closely resembles death.”*

—ANDREI TARKOVSKI, SOLARIS

# CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

# **CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL**

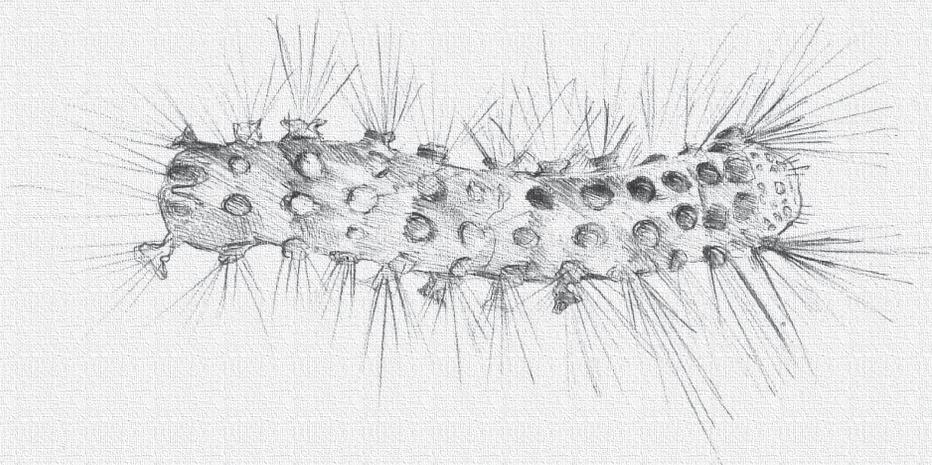
# Agradecimientos

**A** Adela, Tomás, Matías y Mariale, que soportaron mi dureza en esos seis meses de trabajo. Les agradezco hoy y todos los días porque así fue con este proyecto y así ha sido con todos. A Adela, por siempre inspirar fuerza y ánimo en mí; a Tomás, por inspirarme en el mundo de la biología y el mundo de comprender el mundo, por responder mis preguntas. A Matías, por su ejemplo, su cariño y su cuidado, por ser mi compañero en la montaña. A mis dos gatos y los animales, todos los animales.

Agradezco a Mauricio por haberme apoyado desde el primer momento en que mostré interés en la escritura, por haberse sentado varias horas a mi lado a editar mi primer cuento. A Josef Amón, David e Isabella por haber sembrado un amor profundo por la literatura en mi corazón. A Ricardo, por haberme guiado en el momento en el que más necesitaba un guía, gracias, gracias infinitas. A Carlos Prías por haberme dado una mano amable. A Alex. A José, que me dio la amistad más espontánea, dulce y maravillosa, por tu sabiduría siempre. A Ricardo David, Juan, Melissa y J. Sebastián por

haber estado cuando yo no estaba tanto. Finalmente, a Vivian Hoyos por enseñarme lo que es el amor en la manera más pura, más cierta y extensa que conozco. Por haber crecido conmigo: gracias, Wi.

## CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL



# **CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL**

—Tuve un sueño.

—¿Sobre qué?

—Algo sobre una silla negra, creo.

—Muy bien, linda, es bueno soñar.

Escuché que me llamaban y me desperté.

—¡Atala, el almuerzo!

Eran las dos de la tarde. Tenía dolor de cabeza. El cuarto donde dormía no era el mío, sino el de mis padres; un cuarto grande, con dos camas separadas, una escalera de caracol en madera, dos gatos gordos y amados, ventanas grandes con cortinas raídas por la acción de los gatos, libros, un piso de alfombra bastante viejo que se mantenía como por alguna mística y nostálgica tradición. Las ventanas daban vista a un potrero abandonado donde, en cierta época del año, metían unas cuantas vacas y a los dos días ya no quedaba pasto y todo estaba lleno de boñiga. Mientras, en ese espacio de tiempo donde el potrero no era de nadie, ni de nada, nada ni nadie impedía el paulatino crecimiento del pasto, que llegaba casi a un metro de altura, amarillo y un poco seco. En medio del potrero había un arbolito torcido y muy bello que me había servido de refugio cuando, en un acto de leve delincuencia, crucé el alambrado de púas que impedía el paso, y llevé conmigo un lienzo pequeño, que había tenido guardado durante años, y unos óleos. Desde entonces ha sido una tarea continua ir a pintar por ahí (tengo que terminar ese cuadro, por cierto).

Me levanté de la cama y sentí que me desmayaba, tuve que sentarme con las manos agarradas al borde de madera para no caer, como medio aceptando que me despertaba, que dejaba el mundo de los sueños. ¿Qué había sido, de nuevo, aquel sueño? Algo de una silla negra. Caminé hacia la ventana, impulsada por una curiosidad de recién levantada, quería conocer el día que venía, que ya era tardío y hacía planes para el viaje; y las montañas moradas, como gigantes, que se acostaban ahí, ahí siempre, todos los días. Tantas veces me había quedado mirando el cielo desde mi alcoba, envuelta en cobijas y con una bolsa roja de agua hirviendo, solo para que no me diera hipotermia ni encontrase la muerte esa misma noche mientras manteníamos nuestro diálogo. Entonces corría una ráfaga de viento helado o algún chaparrón, y yo tenía que guardarme. Cielo, esos días empezaba a creer que no te gustaba nuestro diálogo, que te habías cansado de escuchar mis loras.

Me levanté para verlo: el cielo blanco, que no sé si era blanco o es que tenía demasiado dolor de cabeza. Y mis conocidas montañas se vestían todas de una capa profunda de niebla y nubes bajitas. ¿Almorzar? Me había despertado tantos días en la misma casa, a la misma hora, con esa sensación de debilidad que apenas me dejaba dar los pocos pasos para llegar a la cocina. Creo que he estado muy enferma, pero ¿de qué? Supongo que todo se reducía a una propensión rara a la quietud, a no hacer, a esperar. ¿Se puede estar enferma de soledad? Supongo que sí, me dolía mucho la cabeza y no tenía fuerza en las manos. Mis dos gatos llegaron a saludarme de su viaje por el sueño. Los tres éramos viajeros que volvían a casa, algo así. Ah, sí, el almuerzo... pero no tenía hambre. Bajé, despacito, las escaleras de caracol del cuarto donde dormía.

—No tengo hambre —le dije, soñolienta, a mis papás.

—Bueno, pero comes luego —dijo mamá intentando entenderme y cuidarme, o eso creo.

—Sí —mentí.

Subí, ahora sí, a mi cuarto. Pisé los vidrios azules del vaso roto que había olvidado recoger. Un poquito de sangre; qué linda es. El cuerpo está muy lleno de sangre... ahí, dentro de mi pie, habitaba siempre, cada día, este líquido caliente. A uno a veces se le olvida qué tan lleno de vísceras y líquidos está. Qué tan raro puede llegar a parecer el cuerpo si uno lo ve de nuevo, desde afuera, sin las gafas de lo cotidiano. A veces uno olvida que todo lo vivo sangra. El mundo entero repleto de sangre. Y es linda, por lo menos acá conmigo, tranquila, es linda.

Me senté en la cama y uno por uno me saqué los vidriecitos del pie que parecían gotas de agua. Mi pie se veía como ese hongo al que le dicen *la muela del diablo*, o *Hydnellum peckii*, según me había dicho mi padre, biólogo, que siempre mantenía una libreta con él; que se envolvía en varias capas de abrigos y chaquetas; que me respondía siempre cuando yo le preguntaba por alguno de los muchos libros de la casa, libros de mi abuelo, de mi abuela materna que había estudiado Literatura Francesa y que tenía una colección de obras de Camus en francés que, obviamente, no podía leer; libros de mi padre, y los infinitos libros de Historia del Arte de mi madre, entre ellos un librito muy viejo y muy bello de Kandinsky, *Sobre lo espiritual en el arte*, que yo había descubierto unos meses después de haber gastado parte de alguna de mis pagas para comprar una edición numerada del mismo libro, que vi en la Lerner de la 90, cuando aún existía, cuando los días eran todos como ahora son las tardes. Y me iba patinando con mi papá hasta la Panamericana del Chicó

y él me compraba papel de acuarela y dos hamburguesitas de goma. Después pasábamos por la Lerner, me compraba un volumen de *Asterix y Obelix* y volvíamos a la casa. Luego la cerraron, o la trasladaron; después fui a La Madriguera del Conejo o al Tango Discos que abrieron por la 15. ¿Qué se puede hacer?, esto del tiempo es así.

Yo tenía presente ese libro, el de Kandinsky, como una efigie de lo poco vivido, de lo pequeña que era comprando libros nuevos en la Lerner, o de lo pequeña que eso me hacía sentir cuando entraba en la biblioteca de mis padres, que olía a polvo y a libro viejo.

Entré al baño y me lavé, luego barrí, por fin, los vidrios (y otros pedazos de mugre que rodeaban al arrume, como damas a una reina). Me acosté y suspiré, ardía. Quizá hubiera podido dormir un poco más... no, de qué me serviría ahora el sueño si ya se había cortado mi diálogo con ese mundo, de qué me serviría si ahora corría en mi mente la angustia y el hastío. No, ya no podría volver al sueño, ya se había ido ese barco. Tendría que esperar a la noche o a la muerte, lo que llegara primero. Ya había dormido de más y ahora me dolía la cabeza. Abrí Facebook en mi celular: una o dos notificaciones importantes. Ningún mensaje. Abrí WhatsApp: ningún mensaje. Entristecí. ¿Cuándo dejé de recibir notificaciones? Hace, más o menos, seis meses; antes todo era *beep beep* y dopamina fácil todo el tiempo. Miré al techo, puse a sonar en mi viejo computador rojo una canción de Loreena McKennitt, y la escuché fuera de mí. Me sentía demasiado mal ese día para escuchar con plenitud música tan angelical “*but I was young and foolish, and now I’m full of tears*”.

¿Cómo había llegado a esto? A este despertarse tarde, a no mirar a los ojos a nadie, a responder escasamente “sí” o

“no” o “bueno” a las preguntas de los seres queridos. A este caminar sin remedio, a no aceptar ya el remedio que son los amaneceres y los bosques. Comprendí que tenía que haber una razón precisa, algo en el tiempo, una fuente que motivara este desapego de todo lo que había considerado amado. Tenía que recordar.

Tengo que volver al 2015. Entonces había conseguido un espacio en una feria bastante grandecita para exponer mis dibujos y vender. Me fue muy mal, pero no tenía idea, y caminaba con esa sensación de orgullo tontico de ser la quinceañera que expone. Ahí fue, quizá, donde empezó todo. En esa sensación estúpida de estar lejos del mundo. Ahí, caminando. Dejé de caminar, un hombre de veintitantos, muy lindo, para qué, me estaba mirando. Yo era demasiado suave entonces para aceptar la naturaleza animal de la humanidad, todo ese mundo me daba pena y lo veía desde lejos con sospechas. No sé si ha cambiado mucho, pero sé, por lo menos, que lo veo con cierta nostalgia ahora, ¿como qué?, ¿un año después? Así que por supuesto miré a otro lado. Me fui de ese lugar y caminé por la feria una media hora más. Me hacía feliz ese caminar por ahí. ¿Cómo anticipa uno las vilezas de la naturaleza? ¿Cómo se previene uno de la angustia que son las rupturas, si todas llegan con ese paso tan suave y delicado y preciso, como un asesino que ha planeado durante noches su ataque final? (¡Y cuánto asesinan, Atala de entonces! ¡Descansa en el infinito cielo, descansa en paz!). Todo estaba tan disfraces y tan música pop y tan gente tomándose fotos, que me era imposible, simplemente imposible, imaginar que todo aquello, que ese río tan lindo, desembocaría en mares tan turbulentos y repugnantes.